

# PiNOCHO

AÑO VI  
NUM. 280

25 cts

29 JUNIO  
1930



- ¡BRRR... ESTOY TIRITANDO!  
- ¡CLARO; TE EMPEÑAS EN BAÑARTE TAN LIGERO DE ROPA!

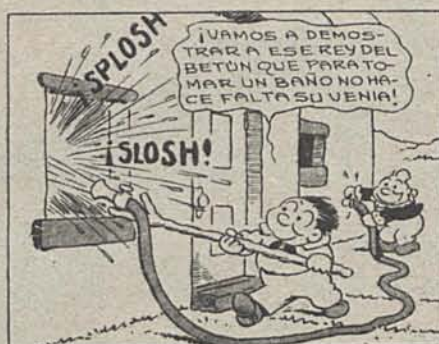


# PINOCHO

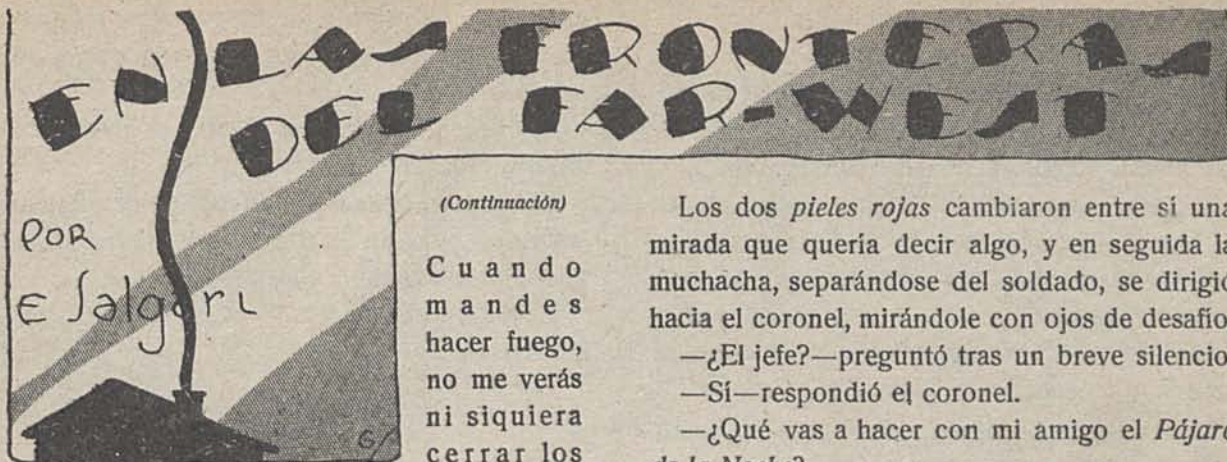
SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







(Continuación)

C u a n d o  
m a n d e s  
hacer fuego,  
no me verás  
ni siquiera  
cerrar los

ojos. Además, he tenido en cuenta los peligros a que me exponía al entrar en el teatro de la guerra entre las tres naciones. Fusíame, pues, y luego arráncame la cabellera, como manda la ley de las praderas.

El coronel, cuya emoción duraba aún, con gran estupor del *indian-agent*, que le había visto ejecutar sereno actos de verdadera ferocidad contra los indios de la frontera del Far-West, iba a responder, cuando fuera, entre el tronar del huracán y el ruido de la lluvia, se oyeron voces animadas.

En seguida se abrió la puerta de la tienda, y un soldado se adelantó, diciendo:

—¡Hela aquí, coronel! ¡Al fin la hemos encontrado! Cuatro minutos después, y se escapa por la garganta del *Funeral*.

El soldado llevaba de la mano una muchacha india, de unos doce años de edad, piel bastante oscura y facciones regulares, que denotaban una astucia precoz, especialmente juzgando por la mirada de sus ojos negros.

No debía de ser hija de un guerrero cualquiera, porque llevaba un pintoresco traje primorosamente tejido con plumas y algodón, brazaletes de oro y un círculo del mismo metal en la cabeza.

El *Pájaro de la Noche* no pudo contener un gesto de mal humor al verla aparecer en la tienda, gesto que no pasó inadvertido para John Maxim, el guía del pequeño cuerpo de observación.

Los dos *pieles rojas* cambiaron entre sí una mirada que quería decir algo, y en seguida la muchacha, separándose del soldado, se dirigió hacia el coronel, mirándole con ojos de desafío.

—¿El jefe?—preguntó tras un breve silencio.

—Sí—respondió el coronel.

—¿Qué vas a hacer con mi amigo el *Pájaro de la Noche*?

—Dentro de una hora habrá muerto.

La joven volvió a mirar con ansiedad extremada al prisionero.

El *Pájaro de la Noche* permaneció impasible.

—¿Es verdad que eres la hija del jefe *Mano Izquierda*?—preguntó el coronel a la india.

—Sí—respondió Minnehaha.

—¿Y dónde está la orden que tu padre espera?

—No lo sé.

¿Es *sioux* o *arrapahoe* el *Pájaro de la Noche*?

—No lo sé: es un guerrero.

—Coronel—dijo el *indian-agent*—, la asaríamos a fuego lento, y no diría una palabra. ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¡No sabremos nada!

—Pues cualquier motivo imperioso habrá obligado a estos indios a forzar el paso del *Funeral*—dijo el coronel, sin apartar los ojos del *Pájaro de la Noche*.

—De seguro, señor Devandel. Y ahora lo que debemos hacer es fusilar al indio antes que se fugue, y retener con nosotros a la muchacha.

No obstante haber ordenado ya un gran número de ejecuciones, el coronel miró con espanto al guía.

—¡Fusilarle!—exclamó con voz sorda—. ¿Y si te dijera que vacilo?

—¿Os interesa ese joven?

—No lo sé; pero siento una extraña emoción que no sabría explicarte.



—No tenéis derecho a perdonarle.

—Lo sé; nuestra guerra es de exterminio.

—¿Quiere usted que yo ordene la ejecución?

—¡Sí, sí! ¡No quiero presenciar la muerte de este joven—añadió el coronel con espanto.

—Todo habrá concluido dentro de un minuto—dijo el *indian-agent*, haciendo señas a los dos cazadores de las praderas para que se apoderaran del indio.

El *Pájaro de la Noche* fué sacado de la tienda con los brazos atados a la espalda.

La muchacha le siguió, mientras el coronel, presa de una inexplicable angustia que le oprimía el corazón, se dejó caer sobre la silla de un caballo, apoyando la cabeza entre las manos.

Un viento frío retumbaba a través de la garganta del *Funeral*.

Los cincuenta hombres que formaban la expedición habían acudido todos a presenciar el fusilamiento.

John Maxim hizo conducir al condenado hasta la entrada de la garganta, y le ató sólidamente a una roca que parecía el tronco de un árbol petrificado.

—¿Tienes alguna otra cosa que decir?—le preguntó.

El *Pájaro de la Noche* sonrió con desprecio, y concentró toda su atención en Minnehaha, que a diez pasos de él conservaba una calma espantosa.

Seis soldados se colocaron ante el guerrero, apuntándole con sus fusiles.

—¡Concluyamos cuanto antes!—dijo el guía.  
—¡Fuera de aquí la muchacha!

Harris, el cazador de las praderas, cogió a Minnehaha y se alejó con ella. En aquel mismo instante sonó una descarga de seis detonaciones, y después una aislada: era el golpe de gracia.

El joven guerrero cayó de un modo fulminante, sin que hubiese tenido tiempo de lanzar un grito.

—¡Al campamento!—ordenó Maxim.

Iban ya a retornar al campamento, cuando un relincho agudo resonó en la garganta, y el

magnífico caballo que el guerrero montaba emergió de las sombras, mostrándose a los rayos de la luna.

—¡Diablo!—exclamó Harris—. ¡No había muerto todavía!

El hermoso animal montóse de pie algunos instantes, y al fin cayó al suelo, lanzando un último y más agudo relincho.

Había muerto, al igual que su amo, el joven guerrero indio.

## CAPÍTULO II

### El gran caballo blanco

Cuando el gigantesco *indian-agent*, que en el campamento ejercía el cargo de segundo jefe, volvió a la tienda, llevando de la mano a la indiana, siempre impasible, el coronel permanecía sentado aún y con la cabeza entre las manos.

—Señor Devandel—dijo el guía, después de haber hecho sentarse junto al fuego a Minnehaha—, el *Pájaro de la Noche* ha muerto, y fuera *sioux*, *chayenne* o *arrapahoe*, ya hay uno menos a quien combatir.

El coronel miró al *indian-agent* casi con espanto.

—¡Muerto!—dijo en seguida.

—Y como un valiente. Estos indios, aunque tienen la piel roja, llevan buena sangre en las venas.

—¿Y te imaginas que estoy contento?

—¡Qué diablo! ¡Hemos fusilado ya a tantos

—Sí, pero a ése yo le hubiera perdonado.

—¿Por qué, coronel?

—No lo sé; pero la mirada de aquel joven me ha causado un efecto que no puedo explicar. ¡Se diría que he cometido un asesinato!

—Pues sólo habéis hecho aplicar la ley de las praderas. Además, os han dado orden de no hacer prisioneros. Se fugan.

—Lo sé. ¡Oh; qué terrible es esta guerra!

(Continuará en el próximo número)





# COLORÍN Y SU PANDILLA





# en el país de los diamantes

(Continuación)

Con mi telescopio alcancé a ver sobre el puenté una tripulación numerosa de malteses, indígenas de Borneo y cuatro cañoncitos de latón: sobre el palo mayor ví desplegada una bandera amarilla, signo de peligro.

—Capitán—me dijo el segundo de a bordo—. Ese junco parece que está en peligro de hundirse. ¿No observa cómo se sumerge?

Sabiendo lo mal contruídos que suelen estar los

barcos chinos, no dudé un instante de que aquel barco había sufrido una grave avería y sin vacilación dí orden al timonel de que dirigiese nuestra goleta hacia el buque en peligro.

Este seguía haciendo señales y cuando nos pusimos al alcance de nuestras voces el comandante del junco me dijo que en efecto su barco hacía agua y me rogaba que fuese con mis marineros a ayudarle a arreglar la avería que tenían en la popa.

Ya sabéis que todos los marineros procuran siempre ayudarse unos a otros en cualquier caso de peligro.

Mandé lanzar al agua un bote y me embarqué con cuatro marineros ordenando a mi segundo oficial que pusiese la goleta al través de la dirección del viento y que esperase nuestro regreso.

Apenas hube llegado al junco y antes de que me diese tiempo ni para abrir la boca, me ví rodeado por varios hombres armados que me derribaban en tierra y me amordazaban.

A mis hombres les hicieron otro tanto sin que les diera tiempo a defenderse.

De pronto el junco desplegabá velas y emprendía la fuga en dirección a la costa de Borneo de la que apenas distábamos unas seis millas.

Aquel rapto se había verificado con tal prontitud que cuando los tripulantes de mi goleta se dieron cuenta de ello y desplegaban velas estábamos ya separados de ellos varios centenares de metros. Los míos se







dieron cuenta muy tarde de la traición pero se pusieron en seguida a darles caza disparando los fusiles y haciendo tronar al pequeño cañón de señales, por carecer de una verdadera pieza de artillería.

El junco, que era muy buen velero, se ocultó en seguida en la desembocadura de un río interrumpido por muchos bancos de arena donde un barco grande como el mío no podía penetrar.

Durante algunas horas subimos la corriente evitando con cuidado los bancos y bajos y al fin el junco se detuvo ante un grupo de cabañas construídas sobre un palafito.

Casi todos los habitantes de Borneo prefieren construir sus casas sobre pilares que clavan cerca de la orilla del río, a fin de no ser sorprendidos por los enemigos y para evitar los asaltos de las fieras que abundan mucho en toda aquella región. Allí en efecto abundan los tigres, las panteras, los manos gigantes y las serpientes pitón que, si no son venenosas, poseen una fuerza tal que trituran con toda facilidad entre sus anillos un toro.

Apenas echada el ancla vi saltar un jefe de los salvajes casi desnudo, pero en cambio adornado con muchos brazaletes y plumas y armado con uno de esos sables llamados *bolos*, tan terribles que de un solo golpe siegan por completo la cabeza a un hombre.

Se acercó a nosotros mirándonos con particular atención y luego ordenó que nos desatasen la mordaza y las piernas.

—Desde este momento yo soy vuestro amo—dijo en un pésimo holandés—seguidme y no intentéis fugaros porque entonces os mato con mi *bolo*.

Desembarcamos en tierra donde nos

dieron algo de comer y luego llamando a diez de sus guerreros nos internó en un bosque intimándonos a que le siguiéramos.

Íbamos algo inquietos porque sabíamos que los salvajes de la parte central de la isla solían emplear la antropofagia con muchos de sus prisioneros.

Estuvimos caminando todo el día hasta el atardecer pasando por hermosas selvas y lagunas en las que abundaban una clase de serpientes de agua de piel negra y viscosa como la de las anguilas, hasta que al fin llegamos a otra aldea mucho más poblada que la primera.

(Continuad).







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



USTED DE PASEITO, Y UN SERVIDOR PUDRIÉNDOSE AQUÍ CON LA GRAMÁTICA

NO DIGAS TONTERÍAS, NIÑO



HE TRAÍDO MAZAPÁN, CHAMPÁN, BUTIFARRÓN, JAMÓN, TORRAOS, ETCÉTERA. CONQUE YA VES SI ESTÁS EQUIVOCADO AL JUZGARME MAL

EQUIVOCADÍSIMO



¿Y SE PUEDE SABER A QUÉ VIENE ESE BANQUETAZO QUE SE VE EN LONTANANZA?

ES QUE VAMOS A CELEBRAR LA NOCHEBUENA AHORA QUE HACE BUEN TIEMPO, NO SEA QUE EN DICIEMBRE LLUEVA Y NO PODAMOS SALIR DE CASA



UN SERVIDOR ESTÁ OPINANDO UNA COSA A VER QUÉ ES

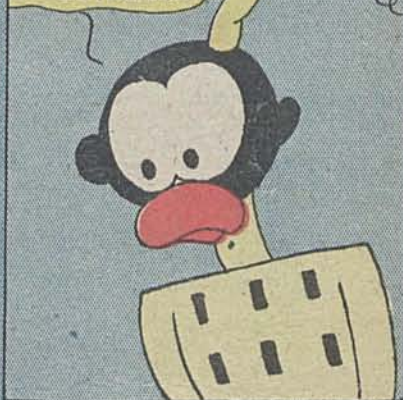
QUE DEBIÉRAMOS EMPEZAR AHORA MISMO A COMER NOS EL BANQUETE?



TÚ ESTÁS MOCHALES, NIÑO ¿HAS VISTO A ALGUIEN QUE CELEBRE LA NOCHEBUENA POR LA MAÑANA? . HASTA QUE ANOCHEZCA NO EMPEZARÁ EL BANQUETE



SE ME ACABA DE OCURRIR UNA IDEA CANÓN. ANTES DE CINCO MINUTOS VA A HACERSE UNA NOCHE ESTRELLADA



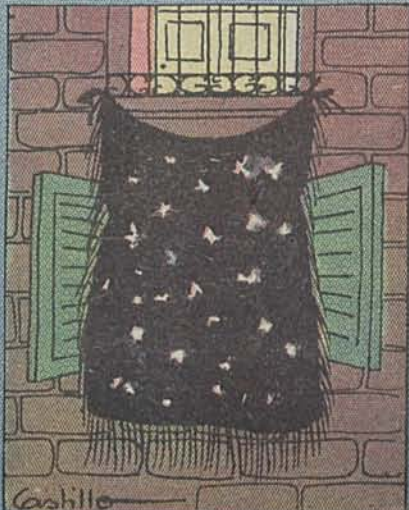
ESTE MANTONCITO VA A SER MI SALVACIÓN



OYE CURRINCHE ¿NO TE CHOCA QUE HAYA ANOCHECIDO TAN PRONTO?



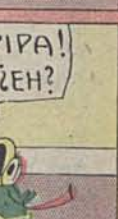
¡A MÍ, NO. ¿NO VE USTED QUE LA PROVIDENCIA ES MUY GRANDE Y PROTEGE A LOS NIÑOS BUENOS?



Cashillo



**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





# CUENTOS DE CALLEJA

## DON CASIMIRO CASCAÑUECES

Cashillo



Casimiro Cascañueces y Zampatortas, era tan corto de vista como aficionado a enterarse de cuanto no le importaba. Por tan feo vicio le pasaron mil lances desdichados; pero él no escarmentó y andaba siempre curioseándolo todo. A lo mejor le ocurría darse de cabezadas contra un farol, creyendo que era un vecino de su casa; y otras veces se enganchaba las narices contra un picaporte, por aplicar el ojo al de una cerradura ajena.

Pero no había remedio: al subir o bajar las escaleras de su casa, no había puerta en la cual no se parase a escuchar, ni resquicio en donde no aplicara los lentes. Por esta razón, y por la de que era un chismoso de siete suelas, le llamaban de apodo en la vecindad el *Tío de los rayos equis*, sin duda porque estos rayos luminosos, descubiertos por el doctor alemán Roentgen, lo penetran todo, hasta el interior del cuerpo humano.

Un día encontró en la puerta de su casa a uno de sus vecinos, y, tomándole por gtro, le dijo en confianza:

—En secreto le diré a usted que don Cleto de la Pafata me es antipatiquísimo. ¿Se ha fijado usted en la cara que tiene de bobo?

Y el que estaba escuchando todo aquello era el propio don Cleto de la Patata, que contestó:

—Como usted es corto de vista, sin duda ha creído que me veía a mí cuando se veía usted mismo en el espejo.

—¡Ah! ¡Pero...! ¿Es usted don Cleto? ¡Qué confusión! ¡Perdone usted! Lo que yo quería decir es que... que...

Pero don Cleto ya le había vuelto la espalda y le había dejado solo.

Lo más chocante es que don Casimiro, se empeñaba, por vanidad, en sostener que veía admirablemente. Tenía un amigo cojo y otro manco, y un día decidieron los tres ir por esos mundos a buscar fortuna. Como a los tres, además del dinero, les faltaba algo, iban seguros de perder bien poco, caso de que les fuera mal en su excursión. Litaron sus bártulos, que eran muy pocos, y se pusieron en camino. Don Casimiro era muy delgado y muy alto, y sus compañeros eran bajos y

regordetes; y como le llevaban siempre en medio, los guasones pusieron a la excursión por mote *las vinagreras rotas*.

\*\*\*

Llegaron, por fin, a la tierra de los jorobetas. Allí todo era corcovado, hasta las casas, y los expedicionarios, lejos de despertar envidia de los habitantes de aquel país, por no tener joroba, les movían a risa por no tenerla. Pidieron trabajo, y no se lo dieron más que a don Casimiro, al que colocaron de ayuda de cámara en una casa principal; más la colocación duró muy poco, pues con sus indiscreciones y torpezas se hizo

en seguida insoportable. Don Casimiro decidió pedir limosna, y se estableció frente a una iglesia. Cierta jorobeta, de malos sentimientos, acechó una noche a don Casimiro, el cual tenía la mano extendida en espera de las limosnas. Al dar las nueve el reloj de la iglesia, el jorobeta dió un palo en la mano de don Casimiro, diciendo: «¡Hasta mañana!» Retiró, entre gemidos, la mano lastimada el infeliz miope, y se preparó para la noche siguiente con un grueso garrote. Dieron las nueve, y antes de que pudiera defenderse recibió el pobre Casimiro otro golpe aún más fuerte. Pero al otro día, no bien comenzó a dar las nueve el reloj de la iglesia, enarboló el miope su garrote, y al primer bulto que vió le atizó un tremendo estacazo. Gritó el aporreado, repitió don Casimiro, acudió

gente y se armó tal granizada de estacazos, que aquello parecía el fin del mundo. Por fin se puso todo en claro, menos un ojo de don Casimiro, que estaba bien turbio en la punta de un garrote.

—Verdad es—decía—, que para lo que ha servido, más vale que se lo hayan llevado.

Sin dinero, y con un ojo menos, salió el pobre hombre del país de los jorobetas, diciendo para sí:

—La verdad es que ahora soy menos corto de vista, porque antes lo era de los dos ojos y ahora no lo soy más que de uno.

\*\*\*

Llegó, en fuerza de andar, al país de los Encantos, en donde pasan las cosas más raras del mundo, y allí penetró en la primera casa que encontró con la puerta abierta; y, como







nadie contestase a sus llamadas, siguió andando hasta una sala llena de retratos. Como era tan curioso, acercó las narices para examinar el rostro de uno de los retratados, y tanto se acercó que, incomodada la pintura, sacó las manos de la tela y propinó a don Casimiro un magnífico par de bofetadas.

Sentóse en una silla, más con tan mala fortuna, que el mueble salió trotando por las habitaciones y Casimiro no podía levantarse. Por fin salió a la puerta, siempre quieto en su diabólica silla, y, ya ésta en la calle, arrastró a don Casimiro con la velocidad del relámpago. El viento le cortaba la cara, y las ramas de los árboles le azotaban el rostro.

Al fin paróse la silla, y el jinete se disparó contra un montón de piedras que lo llenaron de cardenales.

Cuando se levantó, procuró averiguar a qué sitio le había llevado aquella embrujada silla, y entonces se convenció de que estaba en el país de los burros, porque no se veía sino burros por todas partes.

—Estoy perdido se decía Casimiro—; porque ¿de qué me voy a enterar aquí? ¿A quién voy a contar algo de lo que vea? Y sin este inocente desahogo de traer y llevar chismes, ¿cómo voy a vivir?

Pero luego reflexionó y dijo:

—¡No importa; cuanto más burros, mejor!

Y, avanzando gallardamente hacia ellos, les preguntó con mucha cortesía dónde podría encontrar algo de comer, porque estaba desfallecido.

Los que le escuchaban eran unos borriquillos muy jóvenes que acababan de hacer novillos, es decir, de faltar a la escuela; borricos maleantes, que soltaron una estrepitosa carcajada al oír al pobre don Casimiro.

—Pero, hombre, ¿cómo pregunta usted por comida, cuando ya tiene a la vista? Vea usted qué hermoso verde para darse una panzada. ¿Habrá cosa más rica?



—¡Cómo se conoce—dijo el miope—que sois unos burros! ¡Mira que gustaros el verde!

—Pues, amigo, ya le irá a usted gustando, porque aquí no hay más fonda que esa.

—¿Ni posada tampoco?

—Tampoco; hay unos cobertizos donde duermen las familias bajo techado. Somos una tribu de burros socialistas que nos declaramos en huelga hace

algún tiempo, y mucho me temo que tengamos que volver a trabajar porque lo silvestre se está acabando, y, además, hay algunos burros muy dominantes que nos tratan peor que nuestros amos.

—¡Hombre, hombre! exclamó don Casimiro, frotándose las manos—; he aquí una buena ocasión de que yo intervenga en la conspiración. Nada, que me quedo. ¿Decís que no hay más que verde?

—¡Palabra de burros!

—Pues voy a comer verde, a ver cómo me sienta.

Y diciendo esto, púsose don Casimiro en cuatro pies, y comenzó a morder la hierba.

Llegaron en esto otros burros, y comenzó don Casimiro a contar a unos y a otros todo lo que sabía de la tribu borriical; pero lo hizo con tal desgracia, que fué a contarlos precisamente a los burros cabeza de la tribu, y éstos comenzaron a darle coces hasta que le dejaron por muerto.

Cuando volvió en sí, se sentó en el suelo y reflexionó.

—Casimiro—dijo—, todo esto te pasa por entrometido. ¿Por qué no te preocupas de lo tuyo y no de lo ajeno? Tuerto, pobre, abofeteado, apaleado y acoceado, ¿qué va a ser de ti?

Y el hombre hizo propósito de enmienda, y no volvió a hablar mal más que de sí mismo.

Hablar mucho siempre es expuesto a decir tonterías. Hablar mal del prójimo es un vicio detestable indigno de un hombre honrado, y que además atrae la antipatía de todo el mundo hacia el chismoso y hacia el criticón. Nadie es perfecto y por eso todos debemos ser indulgentes con las debilidades ajenas.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy, mi querido Chonón?

—Este nudo que tengo hecho en el pañuelo es un recordatorio del tema que hemos de tratar en nuestra charla, amigo buho. Recuerda que la última conferencia que me diste quedó pendiente de terminación.

—Tienes razón. Hablamos de los diamantes.

—Exacto: Y me dijiste que en una población del Transvaal, llamada Kimberley, fueron hallados unos diamantes con los que los niños jugaban, ignorando el valor del precioso juguete.

—Pues bien, aquellos diamantes fueron hallados en un pozo que se había excavado para extraer de él tierra arcillosa con la que los naturales del país revestían las paredes de sus cabañas. ¡Y aquellas viviendas de tan pobre aspecto encerraban en sus muros piedras preciosas de insospechado valor!

—¿Y ellos no lo sabían?

—Ignoraban el valor que los diamantes tenían en los mercados mundiales. Y así, uno de los exploradores de la región ávido de hallar riquezas hasta entonces desconocidas, compró una de aquellas cabañas por muy poco dinero, la derribó, desmenuzó los materiales, los lavó, los pasó por diversas cribas y al fin, obtuvo el rendimiento apetecido. ¡Halló entre los escombros gran cantidad de diamantes! A partir de entonces se despertó el interés de los propios naturales y comenzó la especulación del mercado de diamantes. Muchos boers hicieron fortunas prodigiosas en los primeros tiempos de aquel sensacional descubrimiento. Y otros, en cambio, se arruinaron al adquirir a precios elevados yacimientos que se agotaron en seguida.

—¿Existen aún esas minas de diamantes?

—No solo existen sino que siguen siendo las más importantes del mundo. Unos años antes de la guerra europea fué hallado en ellas el célebre diamante "Cullinan" que es el más grande de todos los conocidos.

En la actualidad la compañía inglesa "De Beers" explota los yacimientos y tiene empleados en las minas a 2.000 europeos y 18.000 negros, indígenas naturales del país.

—¿Sabes tú los ingresos que proporcionan las famosas minas?

—Desde luego. He tenido la curiosidad de leer las últimas estadísticas y según ellas las cuatro más importantes minas de Kimberley producen un ingreso anual de seis millones de libras esterlinas o sea ciento cincuenta millones de pesetas. Y entre todas las minas diamantíferas del África austral producen la enorme cifra de 223.284.789 libras esterlinas, cantidad que traducida a pesetas representa una locura de dinero.

—Oye, querido buho. Estoy pensando que los obreros que trabajan en esos yacimientos serán todos muy ricos ¿verdad?

—No sé por qué piensas eso.

—Porque como los diamantes son objetos tan pequeños les será fácil sustraer algunos.

—Bien se conoce que ignoras las estrechísimas medidas de policía que regulan las condiciones del trabajo de aquellos mineros.

—Las ignoro en absoluto. Pero tú me las revelarás, mi sabio buho.

—Como te he dicho anteriormente hay empleado en la explotación personal blanco y personal negro. Los blancos pueden

salir diariamente del recinto de la Compañía para acudir a las casas donde habitan sus familias. No se les registra a la salida del territorio cercado, pero ya comprenderás que discretamente están siempre bajo la inspectora vigilancia de agentes de policía secreta que observan todos los pasos que dan, para evitar cualquier comercio clandestino de diamantes.

En cuanto a los negros se les hace firmar unos contratos por los que se obligan a permanecer cuatro meses como mínimo, sin salir de los dominios de la Compañía. Cuando diariamente terminan su jornada de trabajo pasan a un departamento donde se les hace cambiar de ropas y donde han de tomar un baño. Comen en una barraca, duermen en otra y constantemente están bajo las miradas de la policía.

—Se conoce que no se fían mucho de ellos.

—Ni mucho ni nada. Antes, estos negros, cuando llegaba la víspera de la terminación del contrato de trabajo se atrevían a tragarse varios diamantes en bruto sin temor de perforarse los intestinos (como ha ocurrido en algunos casos) acudiendo a este recurso extremo como único medio de burlar la estrecha vigilancia de que eran objeto, pero ahora esta costumbre ya no existe porque la Compañía ha tomado sus medidas para evitarla.

—¿Pero como puede impedirse que un negro se trague un diamante?

—El hecho material de tragárselo no puede, desde luego, impedirse, pero hacen que sea completamente inútil este hecho porque cinco días antes de abandonar las minas obligan a los negros a permanecer en locales especiales donde no trabajan nada y donde guardias de vista los vigilan constantemente.

—¿Y qué procedimiento se sigue para encontrar los diamantes?

—Un procedimiento que no puede ser más fácil.

Se extrae la tierra de la mina y pasa a una maquinaria que la pulveriza; después va a un depósito en el que una corriente de agua arrastra las materias solubles. Los residuos pasan por una criba donde quedan detenidos los diamantes más gruesos. Los de pequeño tamaño son separados a mano por los propios mineros, operación esta última que se lleva en presencia de guardianes europeos.

Al final de cada semana el director de la mina en persona conduce a un banco de Kimberley el botín recogido y en su viaje va escoltado por europeos armados hasta los dientes.

—Cuanta precaución ¿verdad buho?

—Todas son necesarias, querido Chonón. Los negros de aquellas regiones viven por regla general muy miseramente y la codicia les hace cometer las mayores tropelías.

Para evitar asaltos a las minas tiene la Compañía cercados sus dominios con varias barreras de intrincadas alambradas entre las que hay algunas por las que pasa una corriente eléctrica de alta tensión capaz de electrocutar a toda persona que se atreva a tocarlas.

Y sin embargo, toda precaución es poca. La Compañía evalúa en quinientas mil libras esterlinas los diamantes que anualmente salen de sus dominios por vía de contrabando.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de todo.

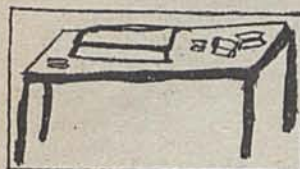




# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mesa de Currinche  
Ricardo E. Purñolitr



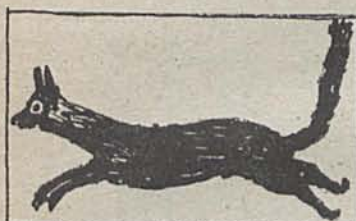
Pinocho  
Carmen Arriola



Mi máquina  
Julián de la Cruz



Morronguis  
Alberto Rubio  
11 años



Rentintín el perro lobo  
Aurora de Castro



Un tren.—Joaquín Garnica



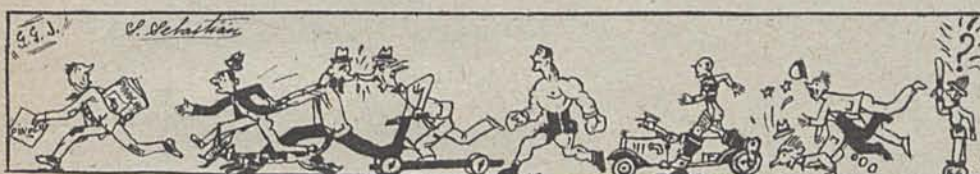
Un tranvía  
Ricardo E. Curnlatiz



Un elefante  
Francisco del Castillo



Don Turu  
Carlos S. de León



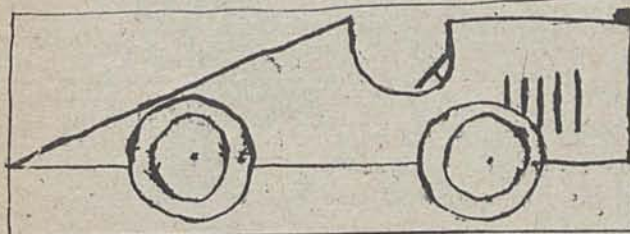
Persecución al vendedor de «Pinocho» por Germán González Jerez



Pinocho  
Valentín Sangrador



Mi Rey  
Mauricio Galván



Un automóvil de carrera Paquito Pérez, 9 años



Península ibérica  
Abelardo Rodríguez



Contestación difícil  
María Teresa Díaz



Mi amiga Arcila  
Gomarsindo Gómez  
11 años



El R-100.—Rogelio D. Pérez



Una taza  
Lolita Álvarez



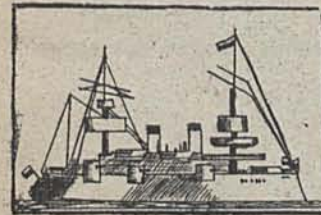
Un pajarito  
Gabrielito Alvaarez



Un convento de frailes  
Teresa Martínez



Ruiseñor y Jilguero  
J. Galdona



Un barquito.—J. Galdona



Un criado  
Africa Orad



Un poeta-portillo



Morronguis  
Maruja García



Apuntes del natural  
José Galdona



Apolo  
por J. R. Lillo



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LAS SIETE CABEZAS



Quando una persona pierde la cabeza es muy lamentable pero es más lamentable todavía que sean siete las personas que pierden la cabeza como ocurre en este dibujo... ¿Podréis encontrar las siete susodichas cabezas?

## DIBUJO CON ERRORES



Cinco errores hay en este dibujo. ¿Cuáles son?

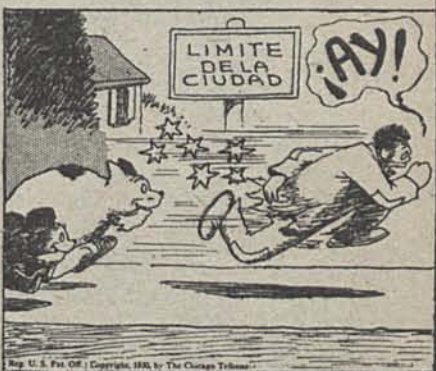
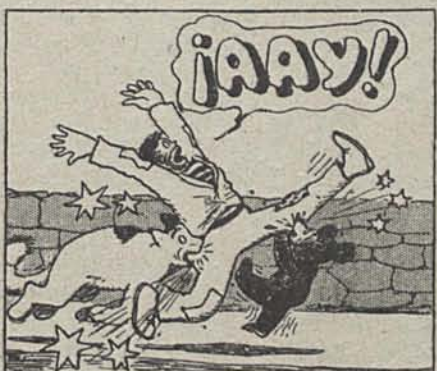
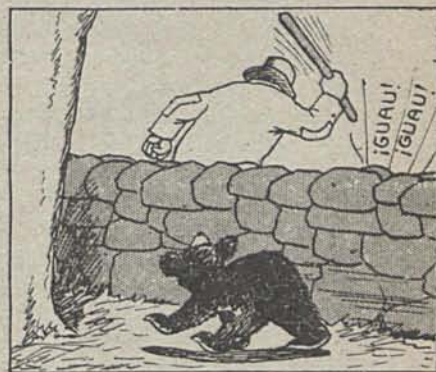
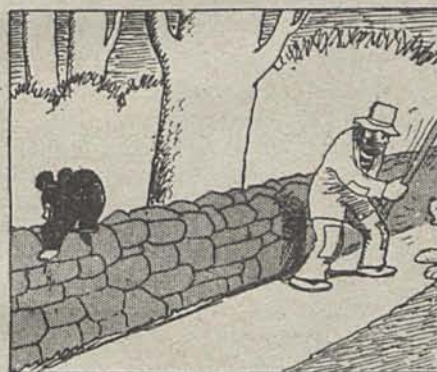
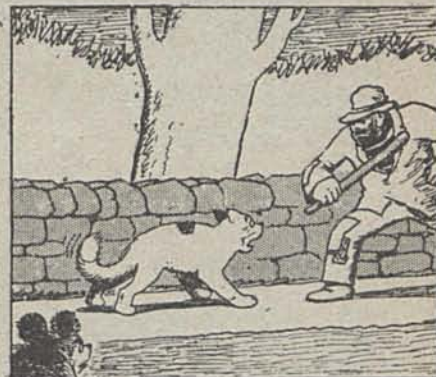
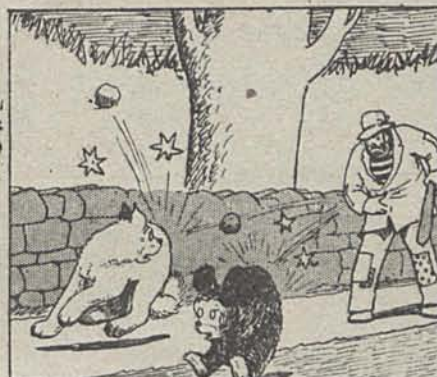
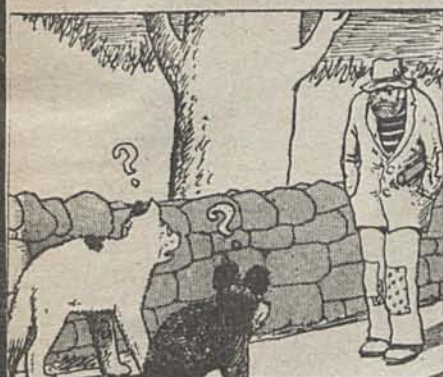
Pero sabréis cuál es en seguida uniendo los números, por orden, con líneas...

## UNA COSA EXTRAÑA





# ANITA BUEN- CORAZON







# SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... mueblista

CON TRES PALOS de ESCOBA

«Pelé y Melé y el palo de la escoba...»

Esta frase de papá ha hecho mucha gracia a Chuli y a la vez la ha ofendido profundamente.

Y es que papá se ha permitido decirle refiriéndose a la «gran recepción» que ella, Chuli—todo un personaje de primera magnitud—ha dado el jueves último a sus amiguitas... otros personajes que si no son de primera magnitud, por lo menos son de segunda.

Y papá ha dicho riendo que se habían juntado en su casa «Pelé y Melé y el palo de la escoba.»

Y estaban allí Marité que es una preciosidad, y Charito que es la primera de su clase en matemáticas, y Moncha que es un as del tennis y su hermano Pepote que lo es del base-ball, y Meny cuyas labores de bordados y vainicas se llevan todos los años el primer premio en la exposición de fin de curso, y el primo de Cobita, que es un «portero» tan estupendo que merecía serlo de un rascacielos de cuarenta pisos, y la propia Cobita que tiene trece años cumplidos, y su hermano Mauricio que baila «como Dios», según afirman irreverentemente sus parejas...

¡Pelé y Melé y el palo de la escoba!

Pasa aun lo de Pelé y lo de Melé que son nombres no más feos que otros después de todo y no más estrafalarios que algunos. ¿Verdad, Chuli?

Pero lo del «palo de la escoba» ha indignado a Chuli, terriblemente; le suena a ofensa gravísima.

Y así, al pronto, parece que Chuli tiene razón; compararla a ella y a los distinguidísimos caballeros y señoritas que la visitan, con un palo de escoba ¡qué horror!

Todavía si fuera la escoba entera... es un objeto útil y por lo tanto, respetable.

¡Pero el palo! El palo, una vez que está desgastada la escoba, no sirve para nada, como no sea para hacer astillas que es, ciertamente la menor

utilidad que puede tener un objeto. Yo bien quisiera consolar a Chuli, calmar su indignación, convencerla de que el palo de esa escoba con la que Ruperta barre la cocina, es un objeto de una utilidad mayor que la de una pluma estilográfica, cuyo precio equivale al de un collar de perlas y que es más difícil de encontrar que la varita de virtudes de una hada de cuento. Pero me temo que Chuli no me va a creer; me conformaré pues con demostrarla que un palo de escoba sirve para algo más que para arrojarlo a la lumbre.

Un palo de escoba pintado sirve para colgar, por medio de unas argollas, una cortina, delante de una puerta o una ventana. Pero sirve para algo más; para hacer una mesa.

Bueno, para esto no nos basta con un palo de escoba; necesitamos tres; y necesitamos además una tabla redonda o una vieja bandeja de madera. Basta con practicar en la bandeja tres agujeros a distancias iguales, y afilar uno de los extremos de los palos lo bastante para que penetre exactamente en esos agujeros. Y después de pintarlo todo con una pintura esmalte, en el color que mejor le vaya a la tonalidad de la habitación, ya tenemos una mesita redonda, ligera, muy práctica... y completamente «pirulesca», entiéndase económica. Tan económica que si alguna vez se estropea no tendremos un disgusto muy grande. Esa es la doble ventaja de las cosas económicas: agradan cuando se estrenan porque han costado poco; y no causan pena cuando se acaban, porque se pierde poco.

